

En estas tres novelas hay coincidencias muy precisas. Primera: sus autores han sido formados en talleres de literatura: los tres han hecho parte de la Red Nacional de Talleres de Literatura (otros dicen de escritura creativa) del Ministerio de Cultura (antes Renata, hoy Relata), y dos de ellos del Taller de Escritores de la Universidad Central (TEUC), el que organiza el certamen que los premió. Segunda: en las tres el sexo es muy importante, determinante, y se

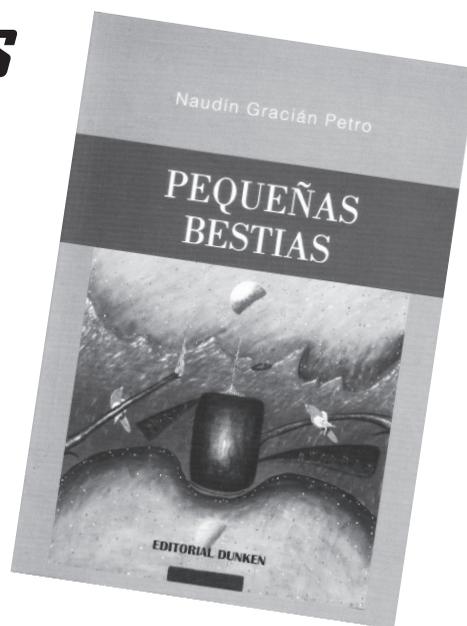
muestra de una forma descarnada, casi obscena. Tercera: en las tres se nota el taller, o sea un lenguaje cuidado, buen desarrollo de los personajes, minuciosa exploración de las situaciones, aplicación de una técnica narrativa cuidada, un narrador bien definido: trabajo sobre indicaciones de personas que saben del tema. Y otra coincidencia, muy importante: puede que no sean grandes obras de arte, pero las tres garantizan una lectura sabrosa. ■

Pequeñas bestias de Naudín Gracián

Raymundo Gomezcáseres*

Son abundantes los componentes estructurales y simbólicos que dialogan en el relato de la breve, pero bien planteada novela de Naudín Gracián Petro, premiada en la convocatoria del concurso Manuel Zapata Olivella en 2010. Como quiera que este acercamiento no es una digresión minuciosa, sino una exploración superficial; me concentraré en algunos de los que atrajeron mi atención.

Destaco en primer lugar su título, en el cual, sin que se haya leído una sola página, sobresale una evidente “miniaturización”, implícita en el adjetivo “pequeñas”. Además, contiene un registro de inversión que inevitablemente desencadena la pregunta por sus vínculos con la historia: ¿van a amarrarse en la poética del discurso narrativo las significaciones del título y las acciones de los personajes? La lectura va conduciendo a una respuesta afirmativa y, a la vez, esclarecedora a medida que se avanza en el relato. La “miniaturización” no es física, como convencionalmente aparece en ciertos mitos y leyendas de tradición popular, de donde a lo



mejor –inconscientemente, además– le llegó al autor; no es material, digo, sino moral. Emparenta con una especie de transformación que tampoco es mágica, sino reductiva: seres humanos arrastrándose, reptando, escurriéndose como ratas, serpientes o lombrices en su hábitat natural, las viscosas, resbaladizas y oscuras grutas del subsuelo. Como va revelándose, las “pequeñas bestias” son los personajes que, abocados a las situaciones extremas que los ponen a prueba, asumen, lúcidamente inclusive, una degradación moral más profunda y tenebrosa que las trampas naturales a las que voluntariamente accedieron.

* Profesor catedrático y coordinador del Taller de Escritura Creativa *Coloquio*, del programa de Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena. Ganador de algunos premios nacionales de cuento, poesía y novela. Autor de la trilogía titulada *Todos los demonios*, formada por: *Días así* (dos ediciones), *Metástasis* (una edición) y *Espejismos* (inédita).

Lo dicho también atañe a la inversión mencionada arriba: la dignidad solidaria con que los protagonistas debieron enfrentar su tragedia, fue sustituida por una abyección generalizada y egoísta.

En segundo lugar quiero referirme a lo que podría llamar (por contraposición a la simbología ascensional) símbolo descendente, propuesto en *Pequeñas bestias*. Un grupo de turistas convencionales e inexpertos ingresa a unas cuevas subterráneas en plan de esparcimiento y aventura. A medida que avanzan y **descienden**, las dificultades cada vez mayores comienzan a alterarlos, entran en pequeños conflictos y tras algunas incertidumbres sobre su ubicación, deben reconocer que están perdidos. Entonces empieza el drama. En el mejor sentido de la palabra: suceso interesante y perturbador. No se trata aquí de resumirlo, mucho menos de analizarlo, sino de considerar brevemente la situación en su dimensión colectiva, sin individualizar a los personajes que, entre otras cosas, encarnan, cada uno, disímiles y muy bien dibujados caracteres. El asunto es que buscando la salida, avanzan, exploran caminos, **descienden**... Acceden al légame primordial de las entrañas de la tierra. Algunos mueren en **caídas** (la caída es el extremo terminal del descenso), a veces accidentales; otras, provocadas... ¿Por quién? Hay un asesino entre los turistas. Un verdadero sociópata. Lo interesante es lo que ocurre a medida que buscan salir: cada uno por su lado, con su historia personal a cuestas, actualizada por la traumática experiencia que lo enfrenta a la muerte, descubre su verdadero ser; su "sí mismo" personal e intransferible... Y todos lo asumen sin cortapisas, desinhibidos. Aquí es donde quiero hacer el análisis. A diferencia del personaje de *El mito de la caverna* platónico que debe ascender de la oscuridad a la luz para alcanzar el conocimiento, el protagonista principal de *Pequeñas bestias*, lo obtiene cuando está más ciego de oscuridad y cuando su comportamiento alcanza el nivel más bajo de ruindad. Tomando en préstamo la lúcida y hermosa expresión de Rüdiger Safransky, la novela de Naudín Gracián es una excelente muestra de "platonismo invertido". Gilberto accede a una especie de anti-sabiduría, de conocimiento maligno, de perversa

revelación que asimila radiante de felicidad, de modo que cuando por fin **asciende** de nuevo a la luz, dejando tras de sí un reguero de cadáveres, emerge "de la tierra que no sólo se lo tragó", sino "que también lo ha digerido para defecarlo transformado en otra persona". Pero, vale la pregunta: ¿se trata en realidad de "otra persona"? Yo prefiero pensar que después de lo ocurrido, Gilberto por fin, es lo que durante toda su vida se había negando a aceptar y reconocer, y que ahora, asume plenamente. *Pequeñas bestias* se cierra con un silencio transficional sobre el futuro del personaje; pero más que todo, sobre el de las personas que lo rodean y particularmente, el de Yanine, su ahijada y apetecida próxima víctima.

Unas palabras finales sobre la trama de la novela. Desde el principio (y es un mérito narrativo, porque sabiéndolo, el lector no deja de leer. Igual ocurre con *Crónica de una muerte anunciada* (1981)) queda claro que todo lo que sucede es supuesto desde el punto de vista de un narrador que a falta de mejor denominación, denominó transdiegético (si se trata de un neologismo, pido perdón por el atrevimiento). Estuve tentado a proponer la existencia de uno metadiegético, pero faltando (según mi lectura) la autoconciencia con la cual la novela se explica a sí misma, opté por la alternativa mencionada. Creo que el recurso no es **novedoso**, pero sí **original**. Recuérdese la altura prácticamente insuperada e insuperable de *Los adioses*, de Onetti (1954). Sin embargo, el gran mérito de *Pequeñas bestias* en cuanto a esto radica es lo siguiente: de la historia narrada sólo **podrían** considerarse "**reales**" el principio y el final. Pero ni siquiera esos extremos lo son. Menos, absolutamente, lo ocurrido en el interior de las cuevas, en el fondo de la tierra. Se sabe que los turistas se extraviaron, pero nada más. Todo lo que se "lee" no son más que las cábalas y fantasías de ese narrador. De modo que si quisiéramos saber la verdad, tendríamos que preguntarle a Gilberto (único sobreviviente). ¿Pero cómo hacerlo si él es una ficción? Y si fuera posible, ¿sería confiable su versión? ¿no terminaría repitiéndonos la misma apócrifa historia que hemos "leído"? ■